

La sexualidad medieval, por su parte, es una mezcla de institución jurídica vinculada con la herencia, y espacio sagrado, misterioso, copulación que procrea y debe ocurrir en un lugar cerrado y oculto. De allí derivan los distintos grados de afectividad codificada: el amor como furor sexual juvenil, la amistad como modelo ciceroniano de confusión con el otro, y el débito conyugal, orgasmo casto que sólo tiene en vista la descendencia. El matrimonio es reverencia de la mujer y dilección del marido. Así despiezado, el mundo amoroso del medievo se advierte más comprensible, si es que podemos comprender desde fuera un hecho tan recóndito como la fascinación amorosa.

El discurso bajomedieval, obra de guerreros y clérigos, es masculino, pero su figura dominante, acaso por ello mismo, es la mujer, la dueña venusina del deseo, que se enmascara con el varón como sujeto pero que obedece al oscuro designio telúrico de perpetuar la vida.

Alejandro Sirio (1890-1953)

Exposición homenaje en su primer centenario
Museo de Bellas Artes de Asturias,
Oviedo, 1990, 102 páginas

Nicanor Álvarez Díaz era un ovetense pobrete que se marchó a la Argentina próspera de 1910, como tantos otros asturianos. Allí se convirtió en Alejandro Sirio, uno de los más notorios ilustradores de su tierra adoptiva.

Recuperar figuras de la cultura asturiana implica, por razones históricas, marcharse a América y recoger allende el mar el trabajo de los emigrantes. Dentro de este contexto, la exposición Sirio cumple su tarea, aunque sólo sirva para atisbar una mínima parte de la obra siriana, dispersa en diarios, revistas y libros ilustrados. Sólo en su recopilación *De Palermo a Montparnasse* hay tres mil piezas, realizadas hasta 1948. No estaría nada mal, en estos centenarios que corren, exhumar alguna de sus faenas mayores, como la edición ilustrada de *La gloria de Don Ramiro*, de Enrique Larreta.

Sirio es un artista ecléctico, que sabe reunir varias herencias sabiamente estudiadas y conciliadas en una obra necesariamente muy variopinta. Vemos en él operar un tardío modernismo de viñeta englobante, a la manera de Penagos y, más atrás, de Beardsley. Pero también aparece

el expresionismo de Regoyos en sus visiones de la «España negra». No falta la caricatura donde observamos los contactos con Barradas y Bagaría, así como los maquetistas italianos, que tanto hacían en el Buenos Aires de Sirio. Y, por fin, hay en el dibujante asturiano un hombre de calle y café, un observador urbano y *flâneur* que toma apuntes impresionistas, llevados, sobre todo, por la carnalidad femenina y, luego, transformados en un juego de velamiento y desnudez resuelto en sutil erotismo.

Gran parte de la memoria española (y de su amnesia histórica) está en América. Recuperaciones como ésta permiten enriquecer nuestra herencia común, que no es motivo de persuasión retórica sino trabajo concreto, como el de Sirio. Cabe señalar que los textos se deben al biógrafo Norberto Coppola, la investigadora Adriana Gloria Agid y a un conjunto de escritores argentinos que honraron a Sirio en diversas fechas: Leopoldo Lugones, Manuel Mujica Láinez, Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez, entre otros.

Ética para Amador

Fernando Savater

Ariel, Barcelona, 1991, 189 páginas

Aparentemente destinado a la adolescencia, este manual de introducción en la ética resulta concebido como un proyecto de diálogo entre Savater y su hijo, a partir de la voz paterna, que explica los problemas morales a un nivel elemental, y adoctrina su consecuencia. El que escucha es Amador, el que ama, el que gusta, el *amateur* o *dilettante*.

Obligado a la elementariedad, Savater ha de simplificar su ética consabida, pero sin desvirtuarla, lo cual implica un desafío y permite ver su problemática en términos esenciales. Es como si Savater se relejera con un código adolescente, un poco a la manera como abordó sus (re)lecturas infantiles en *La infancia recuperada*.

El punto de partida de la reflexión ética es la distinción entre bueno y malo a partir de lo conveniente/inconveniente, lo que nos trae cuenta y nos sienta bien. De allí se parte en dirección a la «buena vida», en el doble sentido de vida humana y vida placentera. La libertad nos sale al encuentro: es hacer algo de lo que podemos escoger entre lo dado, ni definiendo una op-

ción ideal ni sometiéndose a la circunstancia como fatalidad.

De seguido aparece el otro, que es la trascendencia, porque se trata de poder ponerse en su lugar e imaginar su libertad. A partir de este pacto imaginario, podemos concebir una sociedad libre, con una organización que asegure a cada cual la más ancha latitud de libertad posible. Se trata, pues, de una ética social relativista que conduce a una democrática armonización de intereses.

No es descaminado calificar a esta ética de erótica, en tanto se basa en una simpatía activa por la vida que permite optar por su mejor modo posible. Por contra, una ética basada en la mortalidad humana, desvaloriza todas las opciones morales porque no pueden superar el hecho de la desaparición personal. Una moral de la pluralidad, que propone opciones tales que se abren a más opciones y por la cual cada individuo es, de algún modo, todos los demás sin dejar de ser él mismo.

Desde luego, Savater es consciente de trazar un cuadro conjetural de la vida ética, no un elenco de sus problemas concretos, sean íntimos o sociales. Por ello aparece su texto exento de conflictos, en un medio utópico. Pero ya sabemos que Savater es buen frecuentador (fugitivo, eso sí) de islas utópicas, de paso en el vaivén constante de todo moralista, entre el nihilismo y la ortodoxia.

Conversaciones con Ernst Jünger

Julien Hervier

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1990, 121 páginas

Traducción de Hugo Martínez Moctezuma

Estos diálogos datan de otra época: Jünger tenía apenas noventa años en 1985 y el muro de Berlín seguía en pie. Ahora tenemos un esbozo de imperio mundial, anhelado por el mismo Jünger como única salida posible a un estado generalizado de tensión bélica. No hay conflicto Este-Oeste y el escritor se encamina hacia un centenario. El secreto de haber perdurado a pesar de dos guerras y un semiexilio interior durante el nazismo, tal vez sea la capacidad de vivir el instante como absoluto y eterno, un instante que no tiene antes ni después.

Las conversaciones repasan casi todos los temas que acucian a Jünger a través de sus libros: el nacionalismo y su destrucción en la segunda guerra mundial, la gue-

rra del Catorce como la última guerra clásica de «entusiasmo por la muerte», el conflicto y la armonía entre las letras y las ciencias naturales a través de un organicismo romántico, el erotismo como vía de experiencia religiosa, su conexión con las drogas y la guerra, etc.

Jünger es un escritor complejo cuyas tensiones, sin embargo, son constantes y escasas. Ello otorga a su obra el volumen y la austeridad que la caracterizan, a la vez que permite un reexamen relativamente breve, como este pequeño libro. El cosmos como un orden que se destruye y regenera, y cuyas normas escapan al hombre, la escasez de posibilidades de intervenir en la historia (normalmente, por medio de la guerra), el misterioso amor por la naturaleza como rostro visible de aquel orden cósmico, su inventario lírico y científico, una religiosidad panteísta y fatalista, podrían ser las líneas maestras de esta obra. Todo escritor tiene algún poder astrológico y profético, a la vez que se sale del tiempo e ingresa en la eternidad al acometer la escritura, una variante del hieroglifo.

Para los cada vez más numerosos lectores de Jünger este libro resultará de referencia, ya que nos propone una rápida lectura de su labor literaria, ornamentada de algunas anécdotas sintomáticas, todo ello a través de la voz del mismo Jünger.

El hombre y lo divino

María Zambrano

Siruela, Madrid, 1991, 378 páginas

Editado originalmente en 1955, en México, vuelve este título de Zambrano a nuestro mercado, ahora envuelto en unos arreos editoriales de lujo. Y, de alguna manera, por ser central en la zona zambraniana dedicada a la antropología de lo religioso, lo merece. La escritora andaluza siempre meditó sobre el carácter residualmente agónico, por lo tanto, relativo a lo sagrado, del hombre contemporáneo. La «muerte de Dios» ha llevado a nuestra civilización a un desplazamiento nihilista de los sentimientos religiosos hacia la nada, la aniquilación, el Tánatos y la postrimería. Pero ello, lejos de borrar la nativa vinculación entre el hombre y lo divino, la ha reforzado, paradójicamente, dispersándola.

Estos incisos han llevado a Zambrano hacia la tradición clásica, donde ha hallado, como Nietzsche y Rohde,

hondos vestigios de religiones orientadas hacia la muerte y los muertos. A ello ha agregado la tradición judeocristiana y la memoria, sobre todo andaluza, del barroco español, tan impregnado de festividad mortal, de celebración de lo pasajero, de monumentalización de la historia como ceremonia bella porque pereciera.

La conclusión de Zambrano es que, si bien el hombre moderno ha disuelto sus lazos con Dios, no lo ha hecho con lo divino, ya que tal relación forma parte de su identidad como hombre. En esta dialéctica se inscribe la historia espiritual de la modernidad, que Zambrano aborda con una sabiduría paralela: la revelación que la palabra poética aporta al saber filosófico. Valga una cita como incomparable síntesis (pág. 137): «El hombre se ha alimentado de la destrucción de sus dioses; de cada una de ellas gana en su medio o en su sustancia. El ateísmo, en la historia de la razón, en esa historia que el hombre sigue por su cuenta, quiere revivir el mismo proceso y cada vez que el pensamiento destituye a los dioses o al Dios único, será con la recóndita esperanza de alimentarse, de heredarlos y de ganar en poderío.»

Karl Kraus, satírico apocalíptico. Cultura y catástrofe en la Viena de los Habsburgo

Edward Timms

Traducción de Jesús Pérez Martín

Visor, Madrid, 1990, 417 páginas

Una moda tardía y bien venida de Kraus en nuestro medio nos ha acercado, en poco tiempo, a varios textos misceláneos del escritor austriaco y, ahora, a la primera parte de una robusta biografía. Timms ha querido hacer, y lo ha logrado ampliamente, una biografía espiritual y social de la Viena de Kraus, a partir de la existencia individual del mismo Kraus, mechada con la producción de una obra voluminosa y escandida de actualidad periodística.

El libro, en consecuencia, nos permite asomarnos a varias historias paralelas que son una y múltiple, a la vez: los hechos personales de Kraus, sus textos, su relación con la eventualidad austriaca de su tiempo, los cambios en una sociedad que marcha del liberalismo hacia el nazismo y que, al mismo tiempo, desea la guerra y se horripila ante su sesgo apocalíptico.

El autor debe pasearse por zonas culturales muy diversas, desde el psicoanálisis al belicismo/pacifismo, desde la condición de la mujer a Nietzsche y Oscar Wilde, desde la sociología del judaísmo en el Imperio Austrohúngaro a la arquitectura de la *Sezession*. Es el universo cultural de Kraus, voraz, variopinto, escrutador y satírico, con una fe epistemológica en el poder revelador de la ironía.

Timms ha resuelto el difícil desafío equilibrando una información densa y de variado origen con el poder narrativo que despliega toda biografía. Para el lector que no acceda a la copiosa obra krausiana, sobre todo a su labor periodística en *La Antorcha*, sirve de repaso a los textos de Kraus, a su inserción en un momento crítico de la historia europea y a la explicación dialéctica entre lo dicho y lo vivido, y viceversa. Cabe esperar la segunda parte del libro que, seguramente, no ha de desmerecer esta entrega inicial.

Historia y valor. Ensayos sobre literatura y sociedad

Frank Kermode

Traducción de Nora Catelli

Península, Barcelona, 1991, 190 páginas

Dos haces de artículos componen esta nueva entrega del crítico inglés, ya conocido de nuestro público por *El sentido de un final*. El primero se consagra a la literatura europea de los años treinta, con sus urgencias y espejimos: la revolución apocalíptica, la transgresión sistemática, la idealización del proletario y la seducción de las ideologías totalizantes, fueran el nazismo o el estalinismo. El segundo conjunto de trabajos gira en torno a la valoración literaria, su posible objetividad y sus relaciones con el trabajo crítico. Esta inquietud conduce a Kermode hasta nuestros días posmodernos, donde prospera un pensamiento fragmentario, que el autor identifica con las ruinas del humanismo clásico, desarrollado y liquidado a lo largo de varios siglos de modernidad.

El mejor elogio que se puede hacer de Kermode como crítico es que no lo parece, porque su discurso tiene un trámite narrativo que permite leerlo como si estuviéramos ante un relato resuelto por un buen narrador anglosajón, y no es poco decir. Tampoco es desdeñable el hecho de que, junto a unos autores que han sido tradu-